

Paco

pierde el paso

Versión literaria de
Yulia Espín Valencia

Ilustraciones de
Enrique Torralba



Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Aleer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Yulia Espín Valencia

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Alicia Molina

Guion de la versión para televisión: Luis Carlos Fuentes Ávila,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Este texto fue elaborado en el Taller literario coordinado por el Maestro Agustín Monsreal.

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: octubre de 2014

© 2014, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, Col. Anzures,

Del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-7514-96-1 (Paco pierde el paso)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

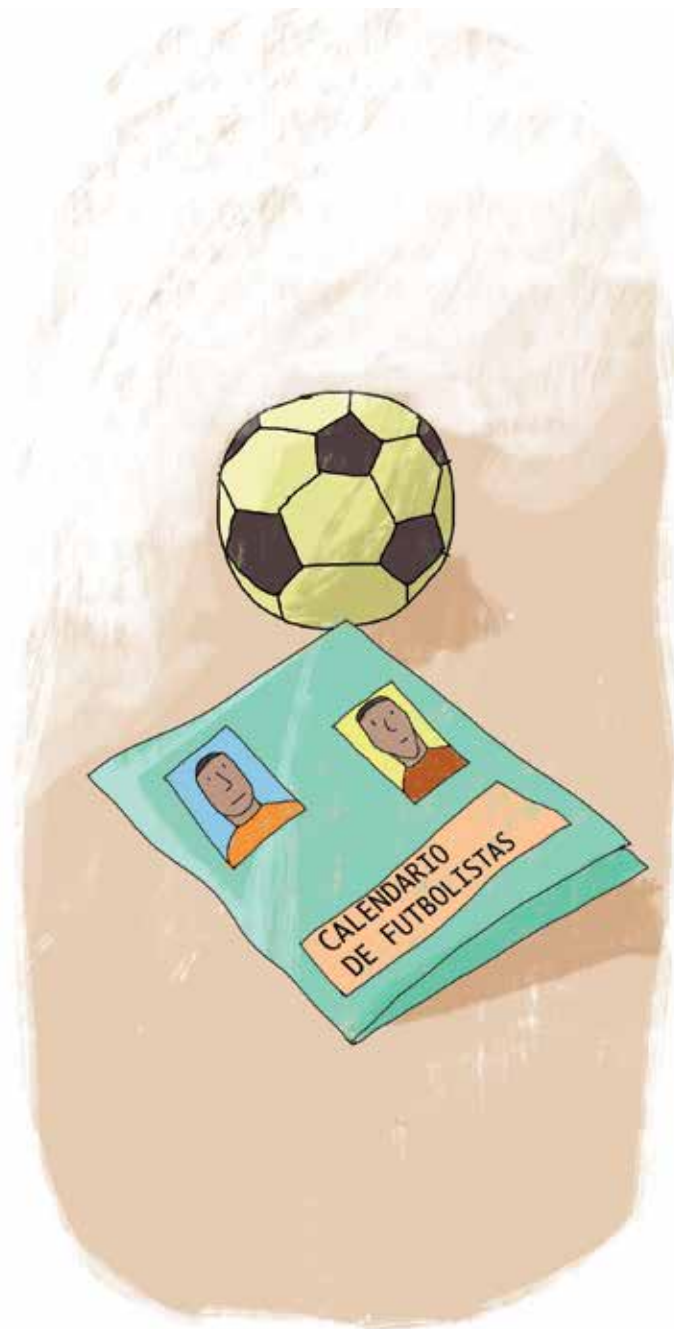
Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Paco

pierde el paso

Versión literaria de **Yulia Espín Valencia**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Abrío los ojos. La luz era demasiado intensa como para fingir que aún era de madrugada. Pudo levantar la cabeza apenas un instante antes de que cayera de nuevo, igual que su mochila viajando al piso al volver de clases. Lo siguiente fue la voz de su mamá desde la cocina:

—¡Hijo, ven a desayunar! ¡Se te va a hacer tarde!

Vacaciones, en el vocabulario de Paco, significaba despertar al mediodía, acostarse muy noche y dormir hasta no poder más. En algún sitio de su memoria adormecida, el recuerdo del Curso de Verano y el entrenamiento de fútbol salieron a flote en el momento exacto para evitar que las vencidas entre él y la almohada tuvieran por ganadora a esta última.

Otra vez desayunó solo, porque cuando llegó a la cocina, Elena, su mamá, ya no estaba. En los últimos días, su hermano Emilio había acaparado toda su atención para que le diera de comer, lo arrullara o le cambiara los pañales. Y con su papá era igual. El fin de semana, durante los tiempos extra de la semifinal



de la liguilla, con el marcador empatado, el primer sollozo del bebé hizo correr a Ramiro para consolarlo y Paco ya no tuvo con quien apostar a favor de su equipo favorito.

Cuando terminó de desayunar, luego de cepillarse los dientes, fue por su mochila, seguro de que nadie lo despediría. Iba hacia la puerta y vio a Elena acercarse con el bebé en brazos.

—¡Qué bueno que te alcancé!
Tengo algo que decirte. Tus tíos, Luz y Christopher, vendrán para conocer a Emilio y para presentarnos a tu primo Marco. Y bueno, tu papá y yo invitamos a tu abuela Leonor para que vea por primera vez a sus dos nuevos nietos. ¿Qué te parece?

—¡Súper, ma! —hizo una pausa y entonces, con el recién nacido tan cerca, añadió—: ¿Marco llora más que mi hermano?

—Emilio no es tan llorón. Así son todos los recién nacidos —se oía segura—. Lo que pasa es que no te acuerdas de cuando eras un bebé.

—Mmmh... mejor que mi abue se quede en el cuarto junto al mío, ¿sí?

—Está bien, pero necesito tu ayuda para ordenar la casa, ya ves que últimamente no me alcanza el tiempo.

—Sí, ma —por el tono de voz, no sonaba convencido.

—Cuento contigo. Te lo encargo. ¿Me escuchas?

Terminado el partido, los amigos fueron por paletas de chamoy al parque. Paco devoró la suya y, cuando el grupo se dirigía a tomar fotos, les dijo que no contaran con él, porque tenía que barrer su cuarto. El grito fue unánime: “¡cor-ta-do, cor-ta-do!”. Desaprobaban que los cambiara por la escoba.

Después de comer, comenzó a limpiar “su territorio”, como le decía su mamá. Lo primero fue alzar la ropa sucia regada sobre el piso, la silla y la cama. Si era veloz, tal vez a la hora de la cena el paisaje estaría más despejado. Debajo del último pantalón vio aparecer una pila de libros y cuadernos que, ni modo, tuvo que subir a la repisa. Al acomodar la libreta de música, vio el calendario hecho especialmente para él. Invocados por el hallazgo, los recuerdos acudieron enseguida.

Se puso a revisar las doce fotos del almanaque que le armó su abuela. Todas eran de futbolistas de primera división y jugadores de clubes internacionales; todos con una estatura promedio de 1.64 metros. Sólo tres de ellos medían 1.70 y, no obstante, eran los más bajos de su equipo.



El gusto de Paco por el fútbol le venía desde chico. Fue el primero del grupo en levantar la mano cuando los maestros preguntaron quiénes se apuntarían para el equipo. Era tan buen jugador, que su nombre fue incluido en la lista del año anterior para elegir al capitán.

Recordaba claramente las burlas y protestas de sus compañeros en el momento en que el profesor Aldo dio a conocer el nombre del elegido.

—¡No, profe, él no! —gritaron varios a coro.

—¡Cómo cree que un chaparro va a ser el capitán! —fue la exclamación de Rogelio.

—¡Yo no quiero que una pulga nos mande! ¡Nadie lo va a respetar! —reclamó airadamente Toño.

—¡Nosotros sí lo haremos! Paco será el capitán —fue la frase final del entrenador.

De esto hablaron él y su abuela aquella noche, durante la charla telefónica habitual. Ella fue contundente: sus compañeros estaban equivocados y lo probaría. Una semana más tarde, puso en sus manos el calendario. Paco tuvo una docena de razones para sobreponerse en cada entrenamiento y partido, hasta vencer la resistencia del equipo.

Un suspiro largo puso fin a la evocación. Su mirada revisaba el cuarto cuidadosamente; había hecho un buen trabajo.

A la mañana siguiente, una cuadra antes de llegar a su casa, pudo reconocer fácilmente a doña Leonor, quien bajaba del coche de Chris. Animado por el encuentro, corrió el tramo que le faltaba con la fuerza de un bólido.



—¡Abue, abue! —gritó exaltado antes de abalanzarse sobre ella.

—¡Hola, mijito! ¡Estás sudadísimo! ¿Venías corriendo?

—No, es que acabo de jugar un partido.

—¿Y cómo les fue? ¿Ganaron, verdad? —se oía emocionada.

—¡Obvio! —la sonrisa de Paco era enorme.

—Me tienes que contar cómo te va en el equipo, ¿eh?

—¡Claro que sí!

En la puerta, Elena era testigo del encuentro y no se atrevía a interrumpir el abrazo. Luego de unos minutos, los invitó, cariñosa:

—Paco, mamá, entremos a la casa.



El tío Chris tomó la maleta de la abuela, mientras Paco se hacía cargo de su propia mochila. En la sala esperaba la tía Luz con Marco. Leonor saludó con emoción a su hija y se dispuso a cargar al bebé muy contenta.

—¡Mira qué niño tan hermoso! —se dirigía a la tía Luz—. Hija, ¡cómo se parece a Chris! ¡Está clarísimo! Digo, es que Marquito es güero y en una de esas hasta tendrá los ojitos azules como su papá.

Doña Leonor buscó con la mirada a su nieto mayor.

—Mijito, ¿ya conociste a tu primo? Ven a verlo.

Fue a su lado, curioso, en tanto su mamá llegaba con su hermano en brazos.

—Mamá, ahora te presento a Emilio —dijo Elena, sonriente.



Doña Leonor recibía al otro niño, tras dejar a Marco con Luz.

—Conque aquí tenemos a Emilio... ¿Por qué escogiste ese nombre?

—averiguaba con la mirada fija en el rostro del bebé.

—Porque a Ramiro y a mí nos gustó. Es bonito, ¿no, mamá?

—Sí, hija, le pusieron un nombre bonito.

—¿Y a quién se parece Emilio, abue? —preguntó Paco.

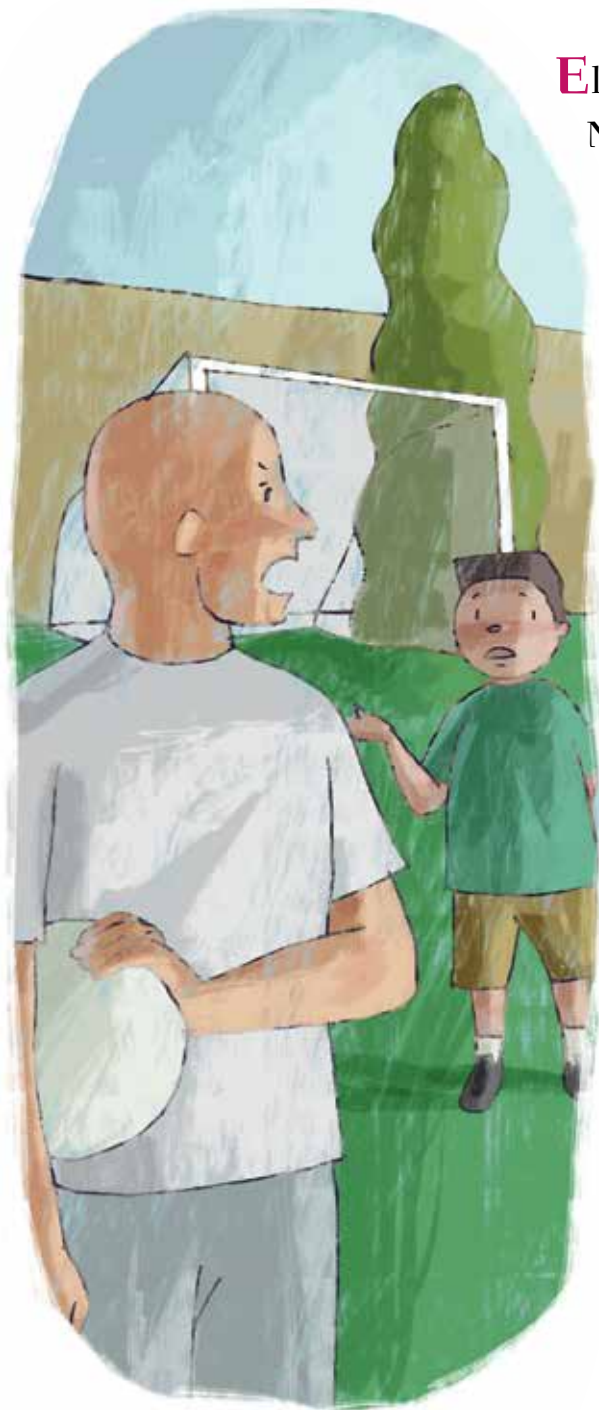
—Ya se verá. Tiene rasgos de tu mamá y de tu papá —fue la respuesta, al tiempo que lo devolvía—. Tenlo, hija. Voy a sentarme un momento. Quiero que me cuenten del nacimiento de los pequeñitos. Me lo perdí y necesito conocer a detalle a mis dos nuevos nietos.

Si no le fallaba la cuenta, ésta era la quinta vez que Paco escucharía sobre “la belleza del parto” de su hermano menor. Ni modo. Para resistir el tormento, se sentó al lado de su abuela. Al menos ella, pensaba, aún no era seducida por los nuevos integrantes de su familia. Tuvo razón, porque en cuanto las historias concluyeron, doña Leonor comentó:

—Creo que ya es hora de comer, ¿no? ¿En qué ayudo?

Sin esperar a que alguien contestara, fue a la cocina y Paco la siguió para ayudarle a poner los platos en la mesa del comedor. Mientras tanto, su mamá y su tío acomodaron a los pequeños. Recién llegado del trabajo, Ramiro saludó a las visitas. El olor de las papas con ajo calentándose en la estufa fue el mejor aperitivo. Comieron contentos por estar reunidos en familia. Paco estaba convencido: se había sentado junto a la persona más importante.





El grito del entrenador lo tomó por sorpresa.

No sólo eso, el profesor Aldo cruzaba el campo con grandes zancadas, iba directo hacia él.

—¡Qué te pasa, muchacho! —movía sus manos en el aire—. ¿No te diste cuenta?

La defensa está dormida... ¡como tú! Estos días has estado de lo más distraído.

—Lo siento, profe. Se me fue el avión.

—Y el barco, el camión y hasta el caballo. Suerte que no estamos en el partido. ¡Chavos! —dijo a los otros jugadores—, ya vámonos. Le seguimos mañana y concéntrense... especialmente tú —y señaló con la mirada a Paco.

Ir directo a casa hubiera sido lo mejor, pero ya había quedado de acompañar a María y Carmen a la tienda. Pese al gran esfuerzo para concentrarse, estaba distraído y se lo hicieron notar.

—Oye, el regaño del profe Aldo ya pasó —comentó Carmen.

—¿Estás así por algo más? —María se acercó para tocarle el hombro con cariño—. Traes una cara...

—Pensé que el profe iba a darme un zape...

—quiso sonreír y apenas pudo.

—Él no, ¿pero qué tal Toño?

—reviró Carmen, pícara—. María lo vio bien feo cuando te empujó al salir.

—¡Es un payaso! —afirmó María, tajante.

¿Escuchó bien? Estaba seguro de que ella lo defendía y ahora estaba contento. Se detuvo a observarla bien... sus ojos eran súper bonitos. El vacío en la boca del estómago no era por hambre, ¿o sí?

—Sí, eso mero —Carmen se detuvo cerca del flamboyán.

—¿Qué dijiste, Carmen? —sonaba confundido.

—Que María tiene razón. Toño es un payaso y tú estás en la luna.

—Yo no creo que tú andes en la luna —aclaró María—. Estás preocupado.

Se sintió en confianza para soltar la sopa y les contó que su abuela estaba rara. Ya no platicaban tanto y no iba a verlo a los entrenamientos. Supuso que no se portaría igual que sus papás con Emilio, pero, ¡oh, decepción!, doña Leonor era víctima del mismo “encantamiento”, y eso no era todo. Le había



descubierto algunas “manías” desconocidas. Cuando fueron por estambres, ella dijo que si los bebés tuvieran el mismo tono claro de piel, habría bastado con una madeja para las dos chambritas, pero dado que su hermanito era más “oscurito”, era necesario comprar una de diferente color para cada uno. Otro día casi regañó a su mamá por dejar a Emilio tanto tiempo en el jardín; ya era “morenito” y capaz que con el sol el color se le acentuaba.

—¡Órale! Qué raro, ¿no? —fue el comentario de Carmen.

—¿Ella fue quien te hizo el calendario del año pasado? —María estaba intrigada.

—La misma...

Con los comentarios sobre los dos nuevos nietos, le había dado por pensar en los colores. Sería más exacto decir que sus pensamientos, ahora, eran en blanco y negro. Y él, ¿qué tan moreno era? Lo primero fue revisar sus fotos de chico. En una donde su abuela lo sostenía sonriente, con Elena y Ramiro a cada lado, no pudo apreciar si su piel era más parecida a la de su mamá o a la de su papá. En las que le tomaron con el tío Christopher hubo un contraste, como solía decir Leonor cuando colocaba a los bebés juntos para cambiarles el pañal, porque, en efecto, junto a su tío, tan blanco, se veía moreno.

En cambio, al lado de su papá, no había diferencia, compartían el mismo tono de piel; las manos y los pies eran tan parecidos que, por eso, su mamá afirmaba que eran copias a escala uno del otro. De ella tenía la sonrisa, los ojos y, ahora que era una especie de detective del color, notaba que su mamá era más blanca que él.





Todavía no les había dicho a María y Carmen que, en su búsqueda, también quienes asistían al Curso de Verano fueron materia de estudio.

—Me puse a revisar qué tan morenas son mis amistades, o sea, ustedes —fue bajando el volumen de la voz conforme llegaba al “ustedes”.

—¿En serio? —el asombro en la voz de María fue evidente.

—Sí —respondió, apenado.

—¿Y? ¿Cuántos somos güeros? —Carmen se interesaba, riéndose.

—No te burles —María había cambiado la sorpresa por empatía—.

Se ve que está clavado con el tema.

¿Cómo no estarlo? Una de las cualidades que el profesor Aldo le reconocía a Paco en los entrenamientos era su capacidad de observación.

—Úsala con los jugadores del otro equipo y podrás leer mejor el partido —era el consejo para el capitán—. Los detalles son importantes.

Evidentemente, siguió la recomendación del entrenador y le dio algunos resultados. Al recordar los últimos encuentros con su abuela, notó que ella

nunca antes había dicho una sola palabra sobre el color de piel, ni de él ni de nadie, sino hasta la llegada de los bebés. En su casa, era la única que hacía esos comentarios. El domingo, cuando toda la familia fue al mercado, él los escuchó de otras personas más. Las marchantas estaban deslumbradas con su primo: que si su pelo y sus ojos eran divinos, y otras cosas por el estilo.

—Ahí le pongo una manzana para el güero, doña —ofreció muy amable Crucita.

—¡Qué atenta es usted! —doña Leonor agradecía el gesto muy contenta.

—Está muy chico para comer fruta... —fue el argumento de su tía Luz para rechazar, amablemente, el regalo.

—Bueno, que sea para la mamá del muñeco —presionaba Cruz.

—Falta otra manzana, para la mamá del otro muñeco —Paco intervino, enojado.

—¡Mijo, eso no se dice! —fue el reproche de la abuela a su nieto mayor.



Una cosa era cierta: su hermano le caía un poco gordo por tener a sus papás tan entretenidos y dejarlo solo algunas veces, pero también era verdad que sentía feo al ver cómo Marco, el güerito, era el centro de atención. Estaba decidido a ser un capitán que cuida al equipo, no sólo en el campo de fútbol.

En casa, la oportunidad se presentó sola: el celular de su abuela vibraba insistente sobre la mesa del comedor, al recibir un mensaje. Nadie recogió el teléfono ni le solicitaron a él que lo acercara a su dueña. Un vistazo a la pantalla fue suficiente para detectar la foto del primo. Un impulso lo obligó a revisarlo con cuidado: una, dos, tres... ¡diez imágenes del nieto rubio y de ojos claros!, ninguna de Emilio. El enojo iba en aumento mientras sus dedos se movían ágilmente por la carátula, topándose con las diferentes formas en que Marco era capaz de sonreír. Accidentalmente, borró una. En lugar de asustarse, sonrió y supo qué hacer. Fue eliminando los nueve retratos restantes hasta extinguir la decena incómoda. Entonces, experimentó un gusto que no había sentido en los últimos días.

A manera de celebración, fue a escuchar música en su cuarto y, cuando llegó la hora de la cena, se encaminó hacia el comedor. El tío Chris, sentado a la mesa, sostenía algo en sus manos. Curioso, Paco se puso lo más cerca que pudo, para ver qué averiguaba. Ni siquiera tuvo que preguntarle qué hacía.

—Dice doña Leonor —expuso con la vista fija en la pantalla—, que todas las tomas de tu primo desaparecieron de su celular. Raro, ¿no? Voy a pasarle las que tengo.

Su panza era un gran acordeón en movimiento, encogiéndose ante lo que percibió como un peligro. Esta vez iba a necesitar refuerzos. Era hora de buscar





a su papá. Lo había visto retratar miles de veces a Emilio y le pediría ayuda. El primer sorprendido fue Ramiro.

—¿Quieres fotos de tu hermano?
—preguntaba extrañado—. ¿Y por qué la prisa?

—Son para una buena causa, pa, créeme.

El segundo asombrado fue Chris, cuando su sobrino se acercó con otro teléfono para colaborar con él.

—¿Cuántas fotos de mi primo le has puesto en su celular? —su interés sonaba tan natural—. Aquí hay unas mil de mi hermano. Ponle diez de cada bebé, tío. Mi abue estará muy contenta —afirmó seguro.

Ya no supo de la reacción de doña Leonor ante los cambios en su álbum fotográfico. Esa noche fue a casa de Jonathan a jugar videojuegos con el resto del equipo y regresó muy tarde, porque fue el último en el recorrido que hicieron los papás de su amigo para llevar a los invitados a sus casas.

Para hacer más entretenido el viaje por Kipatla, Paco les contó, orgulloso, las operaciones “borra-borra” y “cancha pareja” llevadas a cabo unas horas antes. En opinión de Toño, no era suficiente.

—¿Qué sugieres? —Paco tenía curiosidad, conocía a su delantero.

—Algo así como un gol en el minuto 89.

Decidido, buscaría el momento justo para llevar a cabo su plan. Aquella tarde, mientras preparaban la mesa para cenar, la abuela se disculpó por no acompañarlos: los peneques de la comida le habían caído mal y le dolía el estómago. Elena fue a la cocina para traerle un té y él se ofreció para llevárselo a su cuarto.

Sin duda, ése era el momento. De pie frente a la puerta, respiró profundo antes de tocar. La voz de Leonor, adentro, respondió sin demora.

—¿Quién es?

—Soy yo, ¿puedo pasar?

—Pásale, mijito.



—Vengo a traerte algo.

—A ver...

Puso la taza sobre la mesa de noche.

—Mi mamá te manda té de manzanilla.

—Dale las gracias, mijo, por favor.

—¿Te duele mucho la panza?

—Un poco, hijo. Si no ceno nada, mejorará, estoy segura.

—Oye, quiero darte otra cosa —alisó un poco las hojas—. Te lo devuelvo —dijo, mientras dejaba el calendario en la cama.

—Es el que te hice —se colocó los lentes—. Lo recuerdo muy bien, hijito.

—Ya no me sirve.

—¿Y eso? —la voz mostraba desconcierto.

—Es del año pasado y está lleno de mentiras.

—¿Cómo dices? —sonaba más sorprendida.

—Todos los que están ahí son chaparros, igual que yo, y algunos son morenos, como mi hermano y yo... Tú sólo quieres a los güeros de ojos azules.

—¿De qué hablas, Paco? —la confusión iba en aumento.

—¡De los colores, tu tema favorito! ¿De qué otra cosa? —reclamaba alzando la voz cada vez más, alejándose de la cama.

El portazo fue lo último que se escuchó en la habitación. Leonor se sentía como una tabla en medio del oleaje embravecido. Su mano, aferrada al mes de septiembre, apretaba la foto en busca de explicaciones. Ahora era comprensible la insistencia de su nieto mayor para incluir imágenes de Emilio en su celular, narrada por Chris al devolverle su teléfono.



En su cuarto, Paco se lanzó sobre su cama. Su pecho subía y bajaba, agitado, igual que en un partido muy reñido. Lo único por hacer era esperar a que el cuerpo encontrara su ritmo, según los consejos del profesor Aldo. No estaba eufórico, sino enojado y con dudas sobre si la entrada que había hecho dentro del área merecía tarjeta amarilla o roja.

A la deriva, en aguas revueltas, la abuela se dispuso a echarse un clavado al mar de sus recuerdos, acompañada del delantero de Arabia Saudita, nacido en 1987. Esa foto fue la primera que recolectó para el calendario con el que había decidido acompañar a su nieto en lo que parecía una batalla importante para él.





Con ese propósito en mente fue hasta el café Internet, a sugerencia de la hija de su vecina.

—Busco a los jugadores de futbol más bajitos, que sean famosos —expuso al encargado—. ¿Usted puede ayudarme, joven?

La desconfianza inicial hacia el teclado y la pantalla se convirtió en fascinación. Antes de lo esperado, Leonor tuvo más nombres y fotografías que meses para ilustrar el almanaque.

Ahora, todas las sílabas de la armoniosa y entusiasta porra que compuso para su nieto se habían convertido en sonidos estridentes e inconexos. Necesitaba alejarse del caos, recurrir a otros recuerdos. Luego de diez años,

volvía a ser abuela. “Es natural que el niño se sienta desplazado por su hermano y su primo”, fue su reflexión inicial. “En estos días, él no ha sido el centro de atención”. Y estaba el asunto de los “colores”. ¿Colores, dijo? ¿Quién habría podido anticipar que Marco y Emilio fueran tan diferentes? Al verlos juntos, le fue imposible ignorar el contraste. “Mi Paco”, pensó, “siempre ocurrente, vivaz, cariñoso, acomedido y... enojado”.

Al ver a sus dos nuevos nietos, las palabras habían salido de su boca sin pensarlo: morenito, mono; güerito, chulo. Las escuchó desde chica, cuando todos elogiaban los cabellos dorados y los ojos verdes de Clarita, la ahijada de sus papás y su compañera de clases, que trajo de un ala a los niños de la primaria. Ella y sus amigas más cercanas creían firmemente que esa niña metía la cabeza, cada noche, en una tina llena de agua oxigenada y manzanilla. Su nieto Marco reunía las dos características que la hacían sentir menos siempre que ella y Clara salían juntas. Ahora, ella empleaba los mismos cumplidos que en aquel tiempo eran para Clara, sólo por ser rubia, y al hacerlo estaba lastimando a quienes más quería.

Era sábado. Paco tenía Curso de Verano y Leonor lo encontró desayunando solo. Era el momento indicado.

—Te invito a caminar, mijo —propuso directa—. Vamos a los columpios.

—Bueno —la respuesta no tenía entusiasmo, pero tampoco enojo.

Parte del trayecto lo hicieron en silencio. Él trataba de adivinar cuál sería el primer reclamo de la abuela: las fotos del celular o la devolución del calendario.





Ella, por su parte, se acomodaba el cabello, insegura sobre si debía pasarle el brazo por los hombros o no. El nieto disfrazaba sus pensamientos pateando piedras y Leonor entretenía sus manos con las buganvillas que colgaban de las bardas. Faltaba muy poco para llegar y ella decidió iniciar la plática.

—He pensado en lo que dijiste anoche, mijo.

—¿En qué? ¿Lo de los colores?

—Sí, no imaginé que pensaras en eso.

—Ah... —sentado en el columpio, Paco puso la mirada en los caminos que trazaban sus tenis en la tierra.

—Han sido unas vacaciones distintas a otras que hemos pasado juntos, ¿verdad, mijo? —Leonor se acomodó en un columpio cercano.

—Sí —al levantar los ojos, Paco vio a su abuela que lo miraba, sonriente.

—No te acompañé a entrenar...

—No te perdiste de mucho, la verdad... —se impulsaba para mecerse.

—¿De veras? No te creo...

—En serio. Hasta el entrenador me regañó.

—¿Y eso?

Acompasado con el ritmo lento del columpio, fue hilvanando los hechos.

—Estaba enojado.

—¿Cómo es eso? —Leonor preguntó con interés.

—Distraído. Es que no te había visto así...

—¿Así cómo?

—Pues, crítica —soltó el calificativo y siguió de corrido—. A mí me echaste porras cuando mis cuates me tiraron durísimo por ser un capitán de poca estatura. Llevé tu calendario a los entrenamientos muchas veces, por si alguno se ponía intenso conmigo. Ahorita que mis papás ni me pelan, pensé que tu sí lo harías —hizo una pausa para medir el terreno y calcular el siguiente paso.

Leonor intuyó que ese silencio era una suerte de “permiso para continuar”. Su nieto le abrió su corazón y eso era muy importante. Respiró tan relajadamente como pudo, hasta que Paco retomó el hilo.



—Pero no, no has estado conmigo. Además, te la pasas chuleando a mi primo y a mi hermano lo cuidas del sol. No entiendo nada, abue —suspiró—. Empezaste a hacer diferencias entre los morenos y los güeros. Y resulta que Emilio y yo somos de los “oscuros”. Para acabarla de amolar, la gente en la calle hace lo mismo que tú, sólo se fija en Marco. Así que...

—¿Qué, mijo? —lo animó a seguir.

—Borré todas sus fotos de tu celular. Me enojó que no tuvieras ni una de mi hermano. Y luego le dije a mi tío que te pusiera diez de cada uno...

—Chris me dijo que lo ayudaste espontáneamente, que ni siquiera tuvo que pedírtelo... —su tono llevaba un dejo retador.

—Síp...

—¿Y entonces? —estaba segura de que aún faltaba algo.

—Creí que me sentiría mejor, pero no. Veía el calendario y me enojaba, así que decidí devolvértelo.

La abuela escuchaba atenta. Podía verse a sí misma en el recuento de Paco y también era testigo de las habilidades del nieto para resolver sus propias dudas. Hablaría hasta que él hiciera un silencio largo. Cuando llegó la pausa, las palabras fluyeron.

—Quiero decirte —intervino con suavidad— que me apena haberme comportado así.

—Abue... —Paco fue bajando la velocidad hasta que sus pies rozaron el pasto.

Saltó del columpio y su abuela lo abrazó, diciéndole:

—Mijito, te quiero mucho, muchísimo.

—¿Aunque no sea güero? —dijo Paco, burlón.

—¡Mijo! —le hablaba más suave—, te quiero mucho. Fuiste y serás mi primer nieto, tu primo es el segundo, tu hermano llegó tercero y los quiero a los tres igual. ¿Sabes?, te he extrañado mucho. Me entretuve con los bebés y quiero aprovechar estos días que todavía estaré aquí para que pasemos más tiempo juntos.



—¿En serio, abue?

—Oí que tendrán un juego amistoso para la clausura del Curso de Verano y no pienso perdérmelo.

—¡Súper!





Para que CONOZCAS más...

¿Qué es la discriminación racial?

De manera muy breve, la discriminación racial puede definirse como el trato desfavorable o de inferioridad a una persona o grupo, motivado por su raza, color, linaje, origen nacional o étnico, el cual limita o impide injustamente el ejercicio de sus derechos y libertades fundamentales.

Los estereotipos y prejuicios hacia los pueblos indígenas, las personas afrodescendientes y las de origen asiático, entre otras poblaciones, se hacen patentes principalmente en chistes, comentarios y frases que ridiculizan, minusvaloran o desprecian su tono de piel y otras características físicas; su idioma, historia, cultura y tradiciones; o su condición social.

La discriminación racial es un obstáculo para las relaciones amistosas, respetuosas y pacíficas entre los pueblos y las personas, y puede perturbar la paz, la seguridad y la convivencia aún dentro de una misma comunidad o país.

¿Existe discriminación racial en México?

En México, la piel morena se asocia con la pobreza, con las comunidades indígenas, con zonas rurales y agrícolas. En contraste, la piel clara es relacionada con personas extranjeras de países desarrollados, que son consideradas personas con un nivel socioeconómico alto, más cultas y preparadas, beneficiadas por el desarrollo y la prosperidad, es decir, personas “exitosas”.

El racismo en nuestro país se relaciona con las características físicas y genéticas de las personas, y es común que se asocie con el clasismo, es decir, con un trato diferenciado por la pertenencia a cierta clase social. Este fenómeno detona prejuicios y discriminación, muy enraizados en la mayoría de la población.

La *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010* arrojó algunos datos preocupantes, como los siguientes:

- 8 de cada 10 personas manifiestan que no han sido respetados sus derechos por sus costumbres, cultura, acento al hablar, educación, por venir de otro lugar, vestir de otra forma y tener otra religión.
- 7 de cada 10 personas indicaron que las tratan de manera diferente por su apariencia física y por no tener dinero.

- 4 de cada 10 personas opinaron que a la gente se le trata de forma distinta según su tono de piel, situación que es más acentuada en poblaciones de menor nivel socioeconómico.
- 54% de las mujeres mexicanas tienden a decir de sí mismas que tienen tonos de piel más bien claros, frente a un 40% de hombres que respondieron lo mismo.

Para reflexionar sobre ese último dato habría que considerar la influencia que ejerce sobre las mujeres de nuestro país la abundante publicidad francamente racista que se ve en los medios de comunicación y en las calles, así como los prejuicios contra la tez morena que perviven en México. ¿Hasta qué punto, debido a esto, a las mujeres les cuesta más trabajo que a los hombres reconocer su verdadero color de piel, porque consideran que el tono moreno no satisface los estereotipos de belleza actuales?

¿Qué problemas enfrentan las personas por su color de piel o rasgos físicos?

- Dificultades o limitaciones para conseguir empleo.
- Restricciones o negativa de ingreso a establecimientos comerciales y de entretenimiento.

- Negativa de ingreso a servicios turísticos.
- Reproducción de imagen o estereotipos negativos en medios de comunicación.
- Acoso escolar o *bullying*.
- Restricciones en servicios o programas gubernamentales.
- Restricciones o rechazo a su participación en actividades comunitarias, como obras de teatro, asociaciones vecinales, ritos religiosos, entre otras.
- Motes, burlas y agresiones (verbales o físicas) en el seno familiar y en la vía pública.

Reflexiona y actúa

¿Tienes familiares o amistades con tonos de piel o rasgos físicos diferentes a los tuyos? ¿Crees que eso sea un motivo para valorarlos de manera diferente como personas? ¿Alguna vez te han tratado diferente por tu color de piel o tú te has apartado de otras personas porque tienen características físicas diferentes a las tuyas? ¿Alguna vez has visto que alguien sea agredido o rechazado por su color de piel o por sus rasgos físicos? ¿Tú crees que eso es justo?

Organiza a tu grupo escolar en equipos o reúnete con algunas de tus amistades. Investi-

guen en libros, revistas o la internet cómo son los rasgos físicos de las personas que viven en distintos lugares del mundo (les será más fácil encontrar esa información en publicaciones que traten temas de geografía y antropología). Consigan o dibujen un mapamundi o planisferio (mientras más grande sea, mejor). Consigan algunas revistas y periódicos viejos y recorten fotos de personas con rasgos físicos distintos. Péguenlas en los lugares del mapa donde crean que esas personas podrían vivir. Cuando terminen, observen cómo quedó su mapa y reflexionen. ¿Las personas son iguales en todo el mundo? ¿Sabías que en una misma ciudad pueden vivir muchísimas personas con características físicas distintas? ¿Tú crees que una comunidad tiene un mayor o menor valor por la apariencia de las personas que la componen? ¿Te parece justo que unas personas realicen actos violentos contra otras por su color de piel? ¿No te parece que el mundo sería un mejor lugar si todas las personas se respetaran, sin importar el color de su piel o sus rasgos físicos? Anoten sus ideas y compártanlas con los otros equipos y con sus amistades y familiares.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Paco pierde el paso
se terminó de imprimir en octubre de 2014 en los
Talleres Gráficos de México, Canal del Norte 80,
col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc,
C. P. 06280, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.



Paco está seguro de que es un buen capitán para el equipo de futbol, a pesar de tener una baja estatura. Su abuela le demostró, con un calendario con fotos de futbolistas famosos, que muchos de los mejores jugadores del mundo no son muy altos y entendió que no hace falta ser gigante para ser bueno en el deporte. Lo que no le queda claro es por qué ella prefiere sostener en brazos y fotografiar a su pequeño primo rubio antes que a su hermano, quien es moreno, igual que su papá y él. Seguramente obtendrá una buena explicación, pero para lograrlo deberá preguntarle directamente a su abuela. ¿Quieres saber qué le respondió?

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta